



El Rosario – la oración predilecta de María

“Recen el Rosario todos los días... Recen, recen mucho y ofrezcan sacrificios por los pecadores. Yo soy la Señora del Rosario... Al final, Mi Corazón Inmaculado triunfará.”

—Nuestra Señora de Fátima

¿Tiene una base bíblica?

El Rosario no aparece en la Biblia, porque esta forma de oración se originó hasta la Edad Media. Sin embargo, los elementos fundamentales del Rosario son bíblicos y/o pertenecen a la tradición cristiana. Juzguemos por nosotros mismos:

El “Credo” o la profesión de fe al comienzo del Rosario es sino la más antigua profesión bautismal aun usada por todas las denominaciones cristianas. El “Padrenuestro”, que también es parte del Rosario, es literalmente bíblico.

De los 20 misterios actuales sólo dos no son directamente bíblicos: la Asunción de María y su Coronación como Reina de Cielos y Tierra. Aunque no están explícitamente en la Biblia si los encontramos de manera implícita, por ejemplo: La Asunción se relaciona con Génesis 3.15; la Coronación se puede asimilar a Apocalipsis 12,1.

La primera parte del “Ave María” corresponde al saludo del Ángel Gabriel en la Anunciación y al de Isabel en la Visitación (Lc 1,28 y 2,42).

En cuanto a segunda mitad del Ave María: —“*Dios te salve María*”: corresponde otra vez al pasaje bíblico de la Anunciación (Lc 1,28: “llena de Gracia”).

—El término “*Madre de Dios*” o *Theotokos* (en Griego) está implícito en ese mismo pasaje de Lucas; además, este título como tal fue aprobado en el Concilio Ecuménico de Éfeso (431).

—“*Ruega por nosotros*”: aunque no es mencionado literalmente en la Biblia, la intercesión de María se identifica con el pasaje de las Bodas de Caná, donde María intercede ante su Hijo en favor de los recién casados en apuros (cf. Jn 2.3-6).

La oración más antigua sobre la intercesión de María —“*Sub Tuum*”— es del siglo cuarto. Fue común a todas las tradiciones cristianas por más de mil años, hasta la Reforma. Es importante recordar y tener siempre presente que María intercede por nosotros solamente “en” y “a través” de Jesús Cristo.

—“*Ahora y en la hora de nuestra muerte*”: estas palabras fueron agregadas en el siglo 19. Aunque no están en la Biblia, se relacionan con la escena de María al pie de la cruz como Refugio de la esperanza.

Finalmente, el “*Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*” hace una referencia directa a la Santísima Trinidad. No se menciona como tal en la Biblia pero nadie preguntaría el origen bíblico del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y de la alabanza debida a cada uno de ellos.

“Sus armas son la oración y el incienso expiatorio.”

(Sal 34,7)

NUESTRA SEÑORA DE POMPEYA (I)

A cinco minutos de las ruinas de Pompeya, Italia, la gran ciudad romana destruida por el volcán del Monte Vesubio, se halla un lugar llamado Valle de Pompeya, en la ciudad de Campania. A la sombra del antiguo volcán, se erigió un Santuario Mariano a finales de 1800. El santuario está dedicado a Nuestra Señora del Rosario y esto, en recuerdo de la imagen de María que se encuentra en el altar mayor.

La imagen representa a Nuestra Señora del Rosario y es una variación de los iconos marianos que representan a María entronizada. Ella es la *Madonna* reinante. Ella reina, pero es en sí misma el trono del Rey de reyes, Jesucristo su Hijo. Él extiende su mano bendiciendo y al mismo tiempo derrama la bendición del Rosario sobre el Santo que está a Sus pies.

Una crónica de 1891 afirmaba: “Hace veinte años la iglesia era pequeña y había sido dilapidada; la pobreza del lugar hacía imposible establecer una escuela; los habitantes eran supersticiosos y criminales, muchos de ellos eran ladrones.” Fue un laico y su esposa quienes cambiaron el rostro del Valle de Pompeya.

Bartolo Longo, fundador del Santuario de Nuestra Señora Reina del Rosario, nació en 1841. Hijo de un médico, Longo estudió abogacía. Fue durante su época de estudiante que él se unió a una secta y fue ordenado como sacerdote de Satanás. Se volvió abiertamente anticlerical y ridiculizaba públicamente el Cristianismo, haciendo todo lo que estaba a su alcance para revertir la influencia católica. Un buen amigo, Vicente Pede, eventualmente le mostró a Bartolo el amor y la ternura de Cristo. Hizo arreglos también para que conociera a un sacerdote dominico considerado santo, Alberto Radente. Este dominico tenía una devoción personal muy profunda hacia María Santísima y promovía ardientemente la devoción del Rosario.

Cuando Bartolo se convirtió y pidió ser bautizado, eligió como segundo nombre el de María. Él veía a la Virgen como “Refugio de Pecadores” y atribuyó su conversión milagrosa a la Madre del Redentor. En efecto, Ella fue el “Refugio” que lo guió a Cristo. Después de su bautismo, Bartolo María Longo quiso hacer penitencia por su vida pasada y servir a la Iglesia que atacó con fiereza. Hizo la promesa de trabajar por los pobres y desamparados. También publicó un folleto titulado “El rosario de Nueva Pompeya” y trabajó intensamente para difundir la devoción.

Una tarde, mientras caminaba por las ruinas de la capilla de Pompeya, tuvo una profunda experiencia mística que describió de esta manera:

“Mientras meditaba en mi condición, tuve un hondo sentimiento de desesperación y quise suicidarme. Pero en ese momento escuché como un eco en mi oído la voz de Fray Alberto, repitiendo las palabras de la Santísima Virgen María: “Si buscas salvación, predica el Rosario. Ésta es la promesa de María.” Estas palabras iluminaron mi alma. Caí de rodillas: ‘Si esto es cierto... no abandonaré este valle hasta que haya propagado tu Rosario.’”

Bartolo María persuadió a la gente del lugar a que lo ayudara a limpiar y restaurar la iglesia derruida. Luego invitó a todos a rezar con el el Rosario una tarde. Sólo acudieron unos cuantos chiquillos que fueron más bien por curiosidad. A pesar de que el intrépido apóstol del Rosario visitó cada choza y cada granja de la región, distribuyendo rosarios, medallas y alentando a la gente, su apostolado no fructificó.

(Continuará)

3. Por eso, de acuerdo con las consideraciones hechas en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, en la que, después de la experiencia jubilar, he invitado al Pueblo de Dios «a caminar desde Cristo», he sentido la necesidad de desarrollar una reflexión sobre el Rosario, en cierto modo como coronación mariana de dicha Carta apostólica, para exhortar a la contemplación del rostro de Cristo en compañía y a ejemplo de su Santísima Madre.

(Rosarium Virginis Mariae §2)